

# De párvulas bocas cuentos de Lolitas

## RENÉ AVILÉS FABILA

La antología de cuentos amorosos, a veces eróticos de la que ahora me ocupo, De párvulas bocas, no es un trabajo más de tal tipo. Es una cuidadosa reunión de autores y textos que se han interesado por el tema de la pareja desigual, el amor y el deseo entre un hombre mayor y una mujer joven o casi niña. Es decir, una Lolita, según la terminología impuesta por el genial escritor norteamericano de origen ruso, Vladimir Nabokov. Una novela que causó una auténtica revolución y que ha sido dos veces llevada al cine, la primera con James Mason, la otra con Jeremy Irons en el papel del patético Humbert-Humbert. En la primera versión, Lolita estuvo a cargo de Sue Lyon y fue inolvidable. La novela refleja la pasión entre un hombre maduro y una joven que apenas tiene vellos en el pubis, entre un hombre a veces ridículo y una niña devoradora que concluye en lo que suelen terminar las ninfas y las hadas amorosas: en amas de casa sometidas a la tiranía doméstica, sepultando con toneladas de alimentos enlatados y bebés el luminoso pasado.

Desde entonces (y aunque el problema es en verdad antiguo: Arreola lo narró en un cuento magistral donde el viejo y fatigado poeta se enamora de una doncella virginal y es correspondido, pues al final de una peregrinación se besan a través de una hoja de avellano) pareciera estar de moda el amor que no puede decir su nombre entre una ninfeta y un hombre maduro, algo en verdad común en las secundarias, las preparatorias y las universidades mexica-

nas y seguramente también en las norteamericanas, según se desprende de la espléndida novela El animal moribundo de Philip Roth. Digo normal porque se establece una extraña relación entre una joven inexperta y un hombre que durante un trimestre, un semestre o un año escolar está frente a ella, tratando de deslumbrarla y porque en esos primeros años la mujer prefiere cierta madurez y experiencia que nunca le darán sus pares. Las fantasías se consolidan y con frecuencia asombrosa se va muchos más allá de una simple relación académica adulto-joven, lo cual no deja de ser encantador para ambos y ridículo o indignante para los demás. Una pareja de tales características deja, en un bar o un restaurante, una sensación de total incomodidad en las buenas conciencias. Al lado, en una mesa sin alcohol, una vieja muy emperifollada, le llama la atención a su marido, igualmente feo y desaliñado: Mira, seguro que no es su hija, la está manoseando y besando.

Pero no sólo en el salón de clases aparecen las Lolitas tratando de encantar profesores o a la inversa. Es una constante. En el prostíbulo, por ejemplo, el cliente llega borracho o sobrio y selecciona a una mujer de entre las más jóvenes. Es una constante que ha marcado indistintamente a hombres y mujeres. Más de una vez, una mujer joven me ha recriminado mi tendencia a la mujer madura con una casi obscenidad: ¿No prefieres la carne dura, la piel consistente y sin manchas, el cabello sin teñir?

En De párvulas bocas (imagen tomada de una canción de Agustín Lara) hay una constante: el talento y la buena prosa. A uno pueden gustarle (y ello es normal) unos cuentos más que otros, sentirse identificado más con uno que

con otro, pero eso no le resta talento a los demás. Hay en todos los materiales una constante búsqueda de nuevas formas, estructuras diversas y un lenguaje que muestra riqueza y mucho trabajo. La selección y el prólogo están a cargo de Jorge Arturo Abascal Andrade (asimismo incluido en la antología con "Tatuajes") y es una buena entrada a la habitación donde se hallan no las páginas blancas sino las sábanas que apenas cubren los cuerpos desnudos, según lo decía el poeta argentino José María Fernández Unsain, en una antología amorosa. Nunca he estado convencido de la buena intención de las antologías, por regla general son mezquinas y excluyentes. Yo he sido incluido en una buena cantidad de ellas y excluido de otras. Por regla general me colocan en las de tipo fantástico y hasta en las más severas de ciencia-ficción en castellano. Pero donde mejor me siento es en las amorosas. Cuando cumplí me parece que treinta o más años como narrador, la UAM me solicitó una antología personal, la hice y sólo le añadí el tema amoroso. Puse allí los que consideraba mis mejores cuentos amorosos y aún eróticos. Por cierto, en alguno de los relatos de tal índole y que la edición de Obras completas ya ha reunido anticipándose en mucho a mi muerte, Todo el amor, hay una serie de cuentos donde insistentemente aparecen relaciones amorosas entre el hombre maduro y la ninfa adolescente. Se trata de la serie de Hadas amorosas, donde las hadas, a veces, se convierten al decir de mi querida amiga Beatriz Espejo, en brujas, por más jóvenes que sean y por más dulzura que aparenten. Suelen ser, como la Lolita de Nabokov, perversas y muy elaboradas. Recuerdo de entre muchas a una que se llamaba Maribel y sus compañeros que en vano habían intentado ser sus parejas le decían Maricruel. Era superior a los hombres de su edad y en consecuencia se sentía atraída por los mayores. Era muy hermosa y de buen cuerpo, sabía diferenciarse del uniforme (pantalones vaqueros ajustados desde abajo del vientre con frecuencia prominente y una blusa que permitía mostrar el ombligo) de las demás niñas de generación y brillaba por su agudeza y ganas de provocar al maestro. Pero si he de ser franco, a lo largo de una carrera de más de 35 años de

profesor universitario, en los que de pronto he podido reconocer y aceptar el coqueteo y el ofrecimientos de bellas ninfulas (la mujer nunca es tan ingenua o simplista como el varón), mi fijación sexual estuvo absorta en las mujeres maduras, aquéllas que visten con elegancia y distinción, que son sensibles e inteligentes, cultas, que se maquillan, huelen a un perfume encantador, usan tacones y medias negras debajo de faldas provocativas, ésas que no se disfrazan de varones y tienen atrás de sí una larga experiencia muy distante de la absurda virginidad: saben acariciar y moverse y ordenar o someterse y presionar y besar y lamer, que saben comportarse con distinción en un restaurante o que bailan ritmos sensuales y no hacen ejercicios deportivos o aerobics ocultas bajo modas poco sensuales o ridículas. A las Lolitas nunca las he rechazado, pero jamás dejaron una honda huella en mí, a lo sumo pasé sus historias al papel, en el mejor de los casos, cuando la Lolita era muy hermosa o sensual o ambas cosas (irresistible, en una palabra), la cité para dentro de seis o siete años después. La relación entre el hombre mayor y la mujer muy joven pocas veces tiene final feliz o son felices un corto plazo. El amor-pasión es el dueño en una pareja y cuando éste disminuye, aparecen sentimientos distantes de la urgencia del deseo. No hay nada más grotesco que un viejo canoso, panzón y arrugado con una joven hermosa y cuya dieta es a base de alimentos sanos y una inaudita agua lighth. El tipo no conmueve, invita a la repulsa por no saber envejecer con decoro: pronto, si no es que ya lo es, será engañado. Por más que presuma, en la cama sólo se mantiene vivo por la experiencia y no por los deseos. En este caso no es infrecuente, como lo contó con dolorosa habilidad Mario Benedetti, el desenlace trágico, cuando la mujer joven se harta del viejo, cuando aparecen los primeros síntomas de impotencia o cuando las arrugas y las canas comienzan a ser intolerables junto a los naturales achaques y deseos de vivir más plácidamente y con una pijama de franela estampada con ositos para indicar la regresión intelectual. Que yo sepa, hay unos cuantos casos de esta índole que vivieron juntos y fueron muy felices hasta que el pobre diablo

murió de un infarto, lleno de viagra, tratando de complacer a una fogosa mujer de treinta años, en plena madurez sexual. Otras veces se trata de relaciones intelectuales, donde prevalece la admiración por los conocimientos del hombre mayor y hasta allí, que puede ser una larga temporada antes de que le absorban la mayoría de sus conocimientos de modo oral y sin necesidad de leer muchos libros. O a veces llega muy pronto el engaño o el tedio. No olvidaré a una atractiva mujer joven diciéndome que su esposo, en vista de padecer vista y sexo cansados, ha optado inteligentemente (el término fue de ella) en aceptar la respetable cornamenta. Digo todo esto, y dejo mucho más en el tintero, para hacer notar que soy el lector adecuado para esta antología espléndida, puedo apreciarla en su conjunto y en lo particular. Dentro de este mundo sensual, lúdico y erótico, De párvulas bocas tuvo el poder de la seducción y lo leí con cuidado. Me llamó la atención la presencia de un muy querido amigo y afamado escritor, Guillermo Samperio, dentro de una antología que imagino de jóvenes o al menos de escritores que tienen menos experiencia.

Del prólogo al fin, el libro es inquietante. No hay relato, algunos a pesar de que se extienden peligrosamente, que no valga la pena. En las palabras preliminares Jorge Arturo Abascal precisa sus características y las de cada uno de los escritores que la integran, pero es claro que en la medida en que uno se adentra en la lectura, los relatos enriquecen la visión amorosa de parejas desiguales. Que lo frecuente en el libro y en la vida sea el enamoramiento de hombres mayores de mujeres adolescentes, no significa que debamos dar por inexistente la otra posibilidad donde mujeres mayores se sientan atraídas por muchachos, tal como aparece en el desconcertante filme *La pianista*. En todo caso, otro propuesta sería la historia amorosa contada desde la perspectiva de la mujer niña que se enamora del maestro o del hombre mayor. Otro caso bien podría ser el maestro, el escritor afamado, que se prenda de un jovencito hermoso, tal como le ocurriría al célebre Oscar Wilde. Dentro del mundo homosexual, las preferencias en tal sen-

tido son muy marcadas: no conozco homosexual que no haya perseguido y con frecuencia obtenido a un muchachito atractivo.

No quiero señalar cuáles fueron mis textos favoritos en esta antología, pero sí insistir en que ninguno me dejó indiferente y todos me hicieron reflexionar largamente en el tema, quizá hasta pensar en escribir alguna historia donde un lastimoso viejo rabo verde se enamore de una joven provocativa y hermosa que de alumna pase a enfermera. Alguien tiene que atenderlo. Me parece que a cualquier tipo de lector, joven o viejo, hombre o mujer, intelectual o poco letrado, la antología *De párvulas bocas* le resultará inquietante y le removerá el pasado, el presente o, por qué no, el futuro. 🐾

ravilesf@prodigy.net.mx

www.reneavilesfabila.com.mx



Juan Ramón Lemus